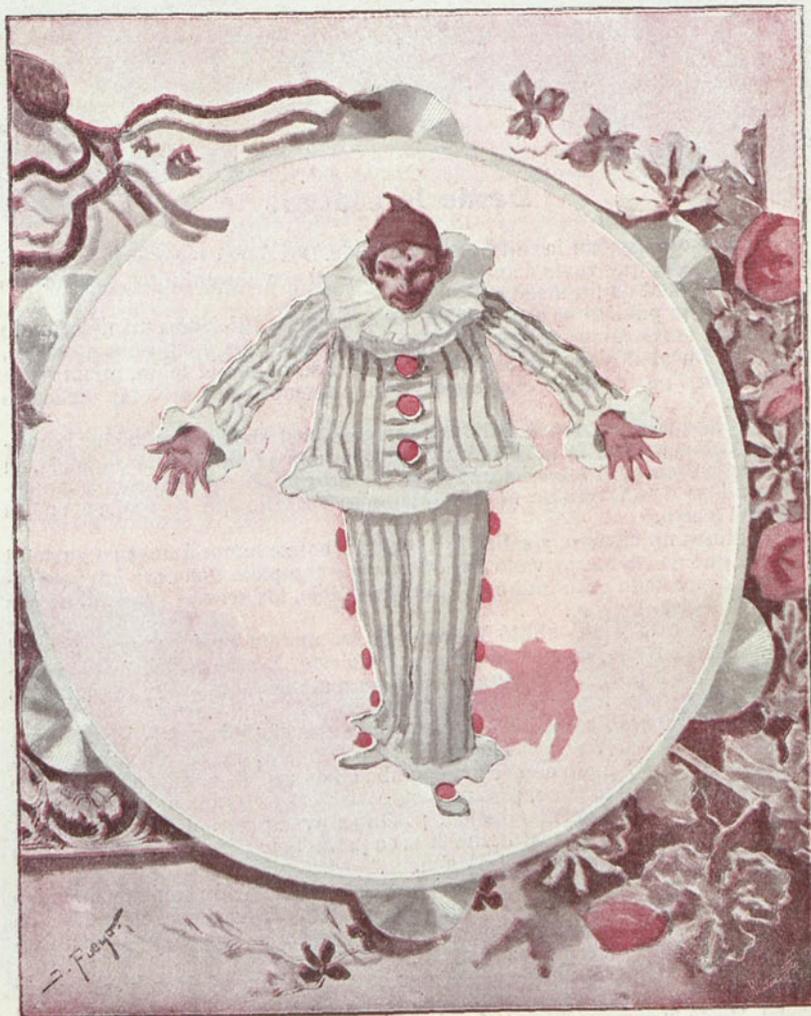




Tomo II. Núm. 8. ++ Director: Pelayo Vizuete. ++ 24 Febrero 1901.



Precio: 15 céntimos



Desde la concha.

Aquella noche estaban las alturas de *mal vino*. Dos ó tres veces se había siseado al apuntador, que venía á anticipar el diálogo con sus chillidos, acusadores de la inseguridad de los artistas.

Hasta que el público se cansó de su complacencia, iniciando un desaforado golpear con los bastones, intercalado por agudos silbidos y ruidosas protestas, que obligaron al director de escena á disponer se bajase el telón, mientras la tiple se retorcía en artístico ataque nervioso y el tenor se mesaba las cerdas de su peluca.

Un empleado de contaduría salió al proscenio, y después de anunciar la sustitución del acto que faltaba representar por una popularísima zarzuela, en la que hacían maravillas los actores de esta compañía, se retiró apresuradamente, librándose de milagro de la más espantosa rechifla que se registra en los anales del teatro.

Encendimos un cigarro, y saliendo al pasillo, comentamos á nuestro gusto el incidente que nos había privado de conocer por completo una obra cuyo anuncio había despertado gran interés. A nuestro juicio, los artistas eran los únicos responsables del alboroto.

—No estoy conforme—chilló Ferrer.—Si ese apuntador fuese apto para el cargo que desempeña, no habría dado lugar á esto. Ese no es más que un *maleta*, indigno de cepillar las botas al gran López, al más hombre de los hombres y al más consueta de los consuetas.

López amaba platónicamente, cosa rara entre esta clase de gente, á la primera tiple de la compañía. Vosotros la conocéis: la Ximpton, y esto me evita fototipiar su belleza. Cuando ella se presentaba en escena la voz de su adorador reducíase á tenue silbido que, pronunciado correcta y claramente los palabras, daba á cada una la entonación debida. ¡Cuántas ovaciones tenía ella que agradecer á su *chiftado*! Porque así llamaba la coquetuela al pobre López, desde que notó la violenta pasión que le dominaba.

Y como era mujer hábil, en al parecer casual conversación con su romántico adorador, puso á éste entre la espada y la pared, dándose por entendida de aquella pasión y alimentándola con algunas frases en las que el enojo manifiesto dejaba entrever una esperanza remota.

Loco de júbilo entró aquella noche en su covacha el buen López, y al ocupar el polvoriento escalón, parecióle un trono donde le había conducido el amor de su reina. Hasta la campanilla vibró más sonora al agitarla su mano.

Se levantó el telón y comenzó el consueta á declamar la obra.

Alzó un momento la cabeza viendo á la Ximpton que, apoyada en un bastidor, conversaba afablemente con el barítono, un jovencillo raquítico y de antipática desenvoltura. López dirigió á la casquivana una mirada de reconvencción acogiéndola ella con una carcajada que ahogó el pañuelo. Su acompañante se acercó aun más á la tiple y... no cabía duda. La infame le detallaba los rasgos pasionales del primer apunte. El se reía y le miraba con aire compasivo.

López, nervioso, olvidóse de su misión y los caracteres tipográficos que tenía ante su vista comenzaron á confundirse; su voz enronqueció de tal modo que los que se hallaban en escena no pudieron reprimir un azorado temblor.

—A escena, señora Ximpton, señor Lunz—gritó el transpunte.

Y pisaron el tablado los dos amantes pronunciando algunas frases. Pero de pronto enmudecieron, sus labios se agitaban para hablar pero su garganta no articulaba ningún sonido. Indecisos, tendían sus brazos á la concha, en la que, como el reptil que acecha una pieza, López reía sardónicamente gozándose en el sufrimiento de los artistas.

El pateo de aquella noche fué terrible. Hubo un momento en que creímos que el teatro se hundía. Los espectadores, ciegos de furor y animados de perversos instintos, destrozaban los sillones arrojándolos al escenario. Algún *cafre* se entretenía en rasgar el terciopelo de los pasamanos.

El escenario fué ocupado por el público. El telón cayó de pronto destrozando la cabeza de alguno. Hubo desmayos, gritos; en fin, una noche digna de efeméride.

Aún queda algo; aquella misma noche el tenor buscó al consueta, y con él hubo de encontrar la muerte, pues el Juzgado se hizo cargo, al siguiente día, de un cadáver aeribillado á balazos que ocupaba el centro de la calle.

Ha ce poco he sabido que López se encuentra en el penal de Ceuta.

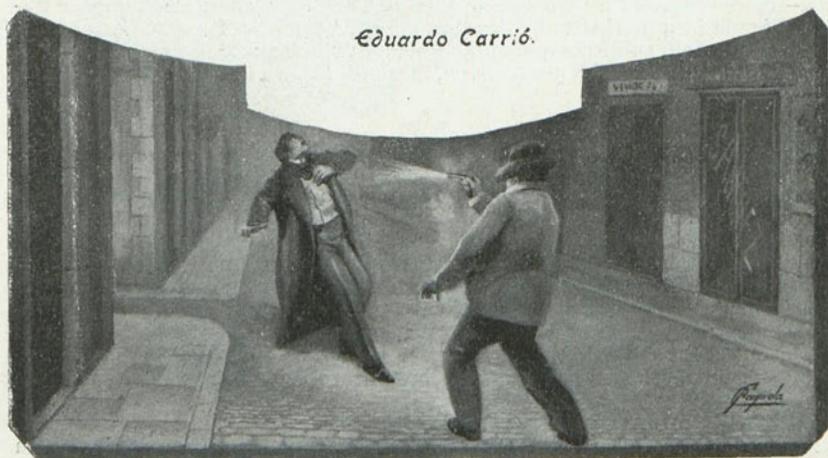
* * *

Los últimos compases del hermoso prelude de Chopín nos hicieron entrar en el palco y ocupamos los asientos, queriendo olvidar el relato del amigo Ferrer.

Comenzó la obra y el apuntador á hablar más alto de lo que convenía.

Mientras nuestro compañero murmuraba:

—¡Si estuviera aquí López!



DE FUERA

Voy á hablar hoy, según lo ofrecido en mi último artículo, de *L' Aiglon*, de Rostand. El asunto tiene actualidad literaria, aunque ya no la tenga meramente teatral. Cierto que hace muchos meses que en París se viene representando este drama, pero sólo en París; y hasta ahora, el resto del mundo artístico desconocía tal obra, tenía que juzgarla por opiniones ajenas. Al fin, se ha publicado el libro, el drama, con algunos versos más de los que se dicen en el teatro. El autor, dice Rostand en una nota, tiene que hacer como que no se fija en ciertos cortes necesarios.

Rostand consigue, además de grandes éxitos buenos en la escena, excelentes éxitos de librería. *Cyrano de Bergerac* ya está en el 220 millar, y *L' Aiglon*, que acaba de salir, en el 114.

¿Que por qué dejo el título en francés? Porque la única traducción exacta que tiene no me gusta. *L' Aiglon*, el pollo del águila, en castellano se llama el aguilucho, y nada más que el aguilucho. Al pollo de perdiz lo llamamos perdigón; pero no hay *aguilón*, ni *aguilón* (en este sentido). No hay más que aguilucho; y aunque no sea verdad, como se ha escrito que todas las palabras terminadas en *ucho* sean despectivas, pues no lo són, por ejemplo, cartucho, conducho, mucho, etc., sí es cierto que en los diminutivos en *ucho* hay algo de desprecio. Y, sobre todo, que *Aguilucho* suena mal, aplicando la voz á la idea que Rostand quiere expresar llamando *hijo del águila* al hijo de Napoleón.

Si yo tradujera el drama—que Dios me libre de meterme en tales dificultades,—tal vez lo titulara *El rey de Roma*, que fué, como es sabido, el título que recibió el desgraciado *Franz*, á imitación, muy intencionada por parte de Napoleón, de lo que habían hecho los antiguos emperadores del Sacro Romano Imperio, que siendo electivos, recordando las antiquísimas adopciones de los emperadores romanos (que, en calidad de *César*, agregaban al imperio al preferido para sucederles), llamaban al inmediato sucesor—cuya elección futura se suponía—*rey de romanos* (*der Römischer König*). Pero *El rey de Roma* tampoco traduce bien la idea de Rostand. Digamos, pues, *L' Aiglon* en francés. Cada acto, y son seis, tiene un subtítulo que alude á la idea principal: *Las alas que nacen*, *Las alas que se baten*, *Las alas que se abren*, *Las alas lastimadas*, *Las alas rotas*, *Las alas que se cierran*.

* * *

Todos recordarán el entusiasmo con que se recibió el estreno. Las agencias telegráficas iban dando cuenta del éxito, acto por acto. Después ciertos corresponsales que se tienen por hombres superiores, por Heines y Byrons que, por *flanerie*, se dedican al reporterismo, nos desengañaron. Habían oído lo que guiaba la crítica de los *normales*, de los Faquet, Doumic, etc., y se anticiparon á ella, por telégrafo, diciéndonos con grosera crudeza lo que habían oído á los críticos, y que éstos dijeron, á poco, en periódicos diarios y revistas con gracias y eufemismos. Ello era que *L' Aiglon* valía poco, según esa crítica; era un diluvio de alejandrinos para halagar á los patrioterros. Verdad era que la escena en que se evoca la batalla de Wagram *daba un escalofrío por la espalda*; pero el conjunto, ¡abrumador! Casi son estas palabras de un crítico muy distinguido de Paria.

Leído el drama, se ve la injusticia de tales censuras.

No llega, es verdad, *L' Aiglon* al mérito poético de *Cyrano*; pero todavía, sin llegar á tanto, puede tener muchas bellezas, y las tiene, en efecto.

Antes de hablar de ellas, diré algo de los principales defectos que se han atribuido al drama.

Es pesado, se ha dicho; son aquéllos demasiados versos. En algunas escenas, en efecto, hay parlamentos demasiado largos; ampliificaciones no desprovistas de motivos, pero que dañan al conjunto. No es que Rostand caiga en ese *nihilismo* lírico, que suele ser el peligro en casos tales; todo lo que dice significa algo; pero falta aquí el arte de saber sacrificar algo, de dejar adivinar algo. El famoso *Frogard* (veterano de Napoleón) Flambeau, es el que puede abusar de la palabra; y sin embargo, ¡dice tantas cosas elocuentes! En la misma visión de Wagram, el efecto hubiera sido aún mayor, con ser muy grande, si se hubiera procurado más concisión.

Pero en la mayor parte de las escenas hay rapidez, diálogo vivo, animado; episodios pintorescos y significativos. Es largo aquello, pero no es aburrido.

Hay que recordar la medida que *Figaro*, Larra, aplicaba al teatro; lo largo es lo que aburre, lo que interesa nunca es largo.

Se ha dicho que Rostand no respeta la Historia; que pinta, por ejemplo, un Metternich empedregado, convertido en un intrigante, en un hombre frívolo, y que más que un gran diplomático parece un jefe de policía.

Rostand ha estudiado á Metternich mejor que sus críticos. Intrigante era Metternich, más



hombre de mundo que de Estado, en el recto sentido de la palabra; y su manía *policíaca*, muy conforme á las costumbres de la política de Viena entonces, comprobada está por la Historia.

Historiadores como el ilustre y célebre *Gervinus*, autor de la monumental *Historia del siglo XIX*, pintan á Metternich (tomo segundo) de manera, que parece sacado del drama de Rostand. Lo mismo puede decirse del retrato que del célebre ministro nos dan: Oncken, en su *Historia de la Revolución y del Imperio*, y Teodoro Flathe, en *La Restauración*. Estos autores se apoyan en multitud de memorias y papeles de diplomáticos, ministros, generales, etc.—Rostand pinta con gran exactitud psicológica también, al emperador Francisco II, bueno y malo, cruel, despótico... y padre de sus pueblos. En los historiadores antes citados, se ven muchos rasgos del abuelo de *L'Aiglon*, que autorizan el tipo que nos ofrece Rostand. No menos verdad hay en la figura de María Luisa, frívola, limitada, vulgar, como puede serlo una ex emperatriz, una Hapsburgo, que sí puede serlo.—Gentz, el célebre cortesano, el voluptuoso intrigante, cínico, despierto, que tanto figura en la historia de *bastidores* de aquel tiempo, en el drama se presenta de cuerpo entero. Y así, otros personajes históricos que intervienen en los episodios.

Pero ¿y el mismo *Aiglon*, Franz, *el Rey de Roma*, el Duque de Reichstad? ¿Nos lo ofrece también Rostand según *fué*? No, ni lo pretende. Su Franz es una *hipótesis* poética, como el éter y los átomos son hipótesis científicas. Dígase lo que se quiera, no se puede afirmar que el hijo de Napoleón no pudo sentir con la grandeza con que Rostand le hace sentir. Si hubiera sido un mozalbe absolutamente vulgar, no



hubiera bastado todo el prestigio de su ascendencia para que de él pudiera decir Enrique Heine, el gran poeta: «No es posible figurarse la impresión producida por la muerte del joven Napoleón. Yo mismo vi llorar á jóvenes republicanos».

Pero, además, Rostand no pide, no *postula* más que la verosimilitud de su personaje. Pues la historia no ha demostrado que fuera indigno de su estirpe... el poeta no cree fuera de la buena estética; *idear* un *Aiglon* de alma delicada, en fermizo de cuerpo, incapaz de la epopeya de su padre, pero capaz de sentirla en *función*, como dicen los sistemáticos, de elegía.

Rostand defiende su derecho á imaginar al Duque de Reichstad como un Hamlet moderno, en los versos que stampa después del final del drama:

.....
 Qu' un vain paperassier cherche, grate, et s' informe.
 Même quand il à tort, le poète à raison.

.....
 Dors. Ce n' est pas toujours In Legende qui ment.
 Une rêve est moins trompeur, par fois, qu' un document...

.....
 Más se apartó de la verdad Rostand en el tipo de Cyrano; pues si bien fué exacto en las aventuras de tal personaje, su alma se engrandece infinito en el drama. En la realidad, conste que Bergerac no fué espíritu tan excelso y poético como Rostand lo pinta.

* *

Fenómeno extraño ofrece nuestro poeta dramático, triunfando hoy en la escena como triunfa, con elementos románticos, que á la *masa* de público y críticos adocenados, pero influyentes, le parecen inoportunos y gastados, y con una psicología lírica que, de no verlo, no se creería que pudiera ser popular en la escena, y menos en la contemporánea.

Verdad es que Rostand, con mucho arte y no poca malicia, envuelve su poesía psicológica, honda, delicada, escogida, en formas plásticas, pintorescas, que hablan á los sentidos; verdad es también que lo que más se saborea en sus dramas, por el vulgo, no es lo mejor de ellos; pero, de todas suertes, es de admirar que trunfe de tan ostensible modo en las tablas un poeta que, en lo mejor, es lírico; que, aunque escoge argumentos que parecen muy épicos, reserva sus mientes más delicadas para la psicología honda, ideal de sus poemas.

En Cyrano la idea principal es psicológica: el triunfo de la belleza espiritual sobre la material; y lo más profundo y bello del drama, aquel final en que el héroe, en el delirio de su agonía, combate con aquellos fantasmas, el orgullo, la vanidad, el egoísmo, la ignorancia, etc.

Pues bueno; en *L' Aiglon* lo mejor es el *ideal* napoleónico que lleva dentro del alma el hijo del emperador. Napoleón no será juzgado, acaso, definitivamente, por la historia con la benevolencia con que, por lo general, le han juzgado sus contemporáneos y todo el siglo XIX; pero un hijo ¡tiene tanto derecho á no ver en un padre, positivamente grande, más que la grandeza!

En aquella constante evocación de la *leyenda napoleónica* que obsesiona al pobre *Aiglón*, en aquel temor tan noble de no ser digno de su padre ni de su herencia, podrá haber cierta monotonía: pero hay una piedad filial muy bella, muy conmovedora.

Y lo mejor de lo mejor, es aquel momento en que el hijo, á pesar de su ciega adoración por la grandeza guerrera del padre, siente despertarse la conciencia, por remordimientos de *herencia*, que Napoleón acaso no tuvo, pero que en el espíritu delicado del duque son muy naturales.

En Wagram, en visión sublime, ve *L' Aiglon* resucitar en la agonía á todos aquellos pobres soldados víctimas de la guerra maldita; y él, enfermo, con sangre entre los labios, débil, vestido de blanco, se siente también víctima propi-

ciatoria, el cordero del sacrificio, hostia que se ofrece de buena voluntad para purgar el delito del padre, la matanza origen de la gloria.

Ah joul c' este le pardon a cause de la gloire.
Merci. Mais j'ai compris. Je suis expiatoire.

Si queréis, lectores, gozar de veras toda la belleza de *L' Aiglon*, preparaos con el repaso previo de la historia de aquel tiempo, y también con la historia del *Sacro Romano Imperio* (por ejemplo, leyendo el libro magistral dedicado á este asunto por James Bryce). Entonces comprenderéis la gran hermosura de escenas como aquella en que el nieto, el *Carlovingio*, el *franco*, le pide su imperio al abuelo, al *germano*, al Hapsburgo...

Es de temer que los corresponsales que se burlaron de *L' Aiglon* no hayan leído semejante *propedéutica*...

Clarín.



Teatro Romea, de Murcia.

El día 16 último se efectuó en Murcia la inauguración del nuevo Teatro Romea, reedificado sobre las ruinas del que devastó un incendio en la noche del 10 de Diciembre de 1899.

El nuevo coliseo encuéntrase rodeado de un bonito jardín que contribuye á realzar la belleza de arquitectura. El interior está decorado con buen gusto y casi fastuosidad, ofreciendo todo género de comodidades á los espectadores.

En tan hermoso teatro el público de Murcia ha aplaudido á Calvo, Vico, la Cira, Delgado y muchos más artistas de reputación justificada.

La obra se debe al arquitecto don Justo Millán, que con la realizada ha venido á corroborar sus inteligentes dotes.

Fernando Díaz de Mendoza no ha olvidado su querido pueblo natal, cual lo prueba el valioso regalo que hizo de un lindísimo telón de boca que lleva la firma de Emilio Sala, y un bambalín original de Francés.

También ha dado tan distinguido actor una prueba de su cariño á aquella región, tomando parte, con su compañía, en el espectáculo inaugural y poniendo en escena el hermoso drama *El estigma*, siendo presenciada la representación por su autor, el insigne Echegaray.

El teatro Romea, de Murcia, es uno de los mejores de España.

Bromitas

Ha terminado el Carnaval.

La señora de Pérez y su esposo se han disfrazado el martes, con el único objeto de poder decir cuatro frases á la de López, que es asidua concurrente á las fiestas y suele sentarse en las primeras sillas de Recoletos. La de López se da mucha importancia porque ha tomado una nodriza que crió á un hijo de Silvela, y desde entonces no se quiere tratar con la de Pérez.

Esta y su marido, ella disfrazada de moro y él de *Perrot* de percalina, se acercaron á la de López.

—Adiós, cursi—la dijo la de Pérez fingiendo la voz.—Ya te veo dándote tono y no tienes en qué fundarlo. Valiera más que despidieseis al ama y comierais un poco mejor, pues me consta que no ponéis principio.

—Máscara: eres una sin vergüenza—



contestó la de López poniéndose roja de rabia.

—Tengo más educación que tú—replicó la de Pérez.—¡Mira la aristócrata, y todo el mundo sabe que es hija de una pupilera!

Pérez tuvo que intervenir, porque aquello se ponía grave.

—Vámonos, Isolina, que ya le has dicho bastante—murmuró Pérez al oído de su mujer.

Y la máscara abandonó su presa, no sin decir con acento triunfante:

—Me las ha pagado todas juntas. ¡Vanidosa, necial Jesús ¡qué descansada se queda una después de haberse desahogado!

Muchas personas hacen [le que] la de Pérez: se ponen la careta para decir horrores.

No hay más que ir al baile y allí se oirán bromitas como ésta:

—Adiós, feo, ¿dónde has dejado á la repuznante de tu mujer? ¡Ay, qué mal

gusto tienes, hijo! ¿Es verdad que no gastas calcetines? Lo sé por tu lavandera.



—¡Hola, Fulano. ¡Oué boca te ha dado Dios! Parece que te la han abierto con un formón.

—Ven acá, tú, cara de rana. ¿Quién te ha prestado ese futraque? ¿Te lo pones también cuando despachas en el estanco de tu mamá?

El que tenga algún defecto físico debe renunciar á los bailes, para que no le ocurra lo que á cierto cojo que lleva el pie montado sobre una especie de hucha, y á quien decían noches pasadas las mascaritas en el teatro Moderno:

—¡Jesús! ¡Qué pie más raro! Parece un banquillo.

—¿Adónde vas con esa bota? ¿Es la caja de un violín?

El hombre se cansó de tantas pullas, y cogiendo la bota comenzó á

sacudir la en todas direcciones, descalabrando máscaras y dando lugar á que interviniese la policía.

No hay cosa más inocente ni más divertida que el Carnaval.

Luis Taboada.

MI SUEÑO CONSTANTE

(De Paul Velain.)

Sueño; pero es mi sueño tan raro como hermoso; desconocida imagen fulgura entre las nieblas, una mujer que adoro y que á la vez me adora, que no es siempre la misma, ni á nadie se asemeja. Tan sólo ella me anima y sólo me comprende; por ella mi alma triste dejó de ser problema; sólo ella los sudores de mi abrasada frente

cuando conmigo llora con lágrimas refresca. Entre mis sueños vive, muriendo con mis sueños; no sé si es alta ó baja, si es rubia ó si es morena; me acuerdo que su nombre es dulce y es sonoro, que he visto su mirada en vírgenes de piedra, y que su voz lejana las inflexiones tiene de voces que han callado cuando esperaba en ellas.

Narciso Díaz de Escovar.

VOLANDERA

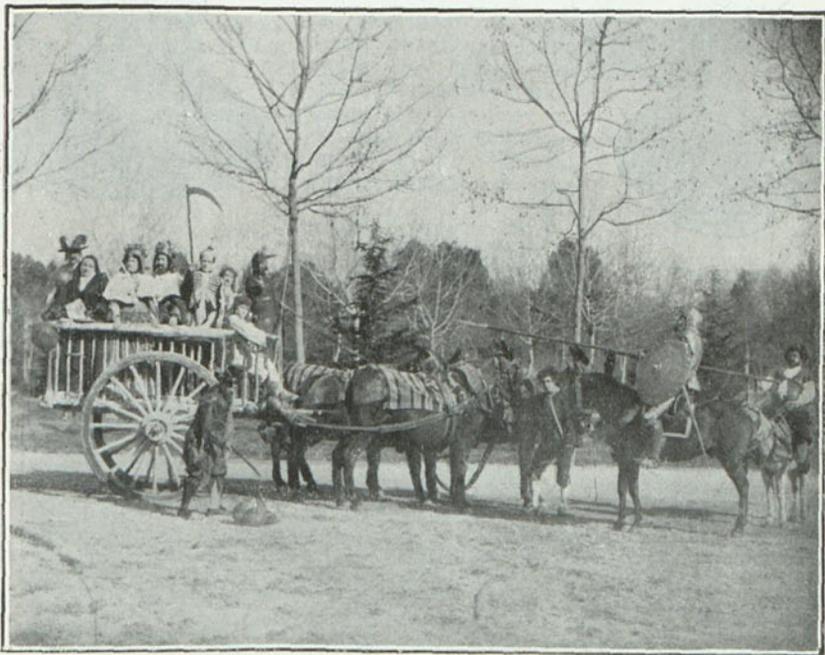
Miércoles de Ceniza.

No chispea ya en las copas el Champagne, que estalla en burbujas, ni las serpentinatas cruzan ondulantes el espacio, ni bailan en el aire su danza infernal moléculas imperceptibles y rayos de luz, ni pasea su cuerpo incitante el escándalo cubierto de sedas ó percalinas, ni derrocha sus rasgos de gloria el arte que corona de laureles su cabeza, ni la humanidad que se ama y se desea entona el soberano himno de besos y caricias.

Hace muy poco agitábase aún revuelto y tormentoso en los bailes el Carnaval, que agonizaba entre el indescifrable gesto de una fiesta riente y alocada.

Terminada la agonía, consumada la muerte, el Carnaval huye y desaparece entre nubes empujadas por un viento malhumorado, roto y deshecho su traje que rodó por el suelo, entró en tugurios, se sentó entre damascos y terciopelos y ciñó cinturas que se cimbreaban esbeltas y agitaban á las almas con una sublime vibración, sin que el posirer grito despierte á la ciudad dormida, y sin que llegue á nosotros, los que agotamos durante la noche en esta labor impropia y ruda, el último eco de risas y suspiros.

Dentro de poco voltarán más alegres las campanas, se poblarán de fieles las iglesias, subirá el incienso en espirales perfumadas hasta morir en lo más oculto de las bóvedas; mujeres que ayer vestían de mil colores, vestirán mañana de



El cortejo de la Muerte.—Cabalgata organizada por el Círculo de Bellas Artes.

negro y entre sus manos llevarán el devocionario, como antes llevaban sobre su cabeza una lluvia de *confetti*; la meditación sustituirá á la alegría, el *pulvis est* que hoy repite la iglesia, grave y severa, habla á la humanidad con un lenguaje mucho más profundo que el arlequinesco de estos días, y el drama que ha de desarrollarse majestuoso en el Gólgota, entre lamentos y tristezas de las muchedumbres piadosas, se interrumpirá por el alborazado *aleluya*, destello luminoso, que trae oleadas de primavera, perfumes de flores y explosiones de luz á los corazones que se entusiasman y se rinden ante unos ojos que llevan en sus pupilas el encanto del misterio—ó ante el espectáculo de la Plaza de toros, donde resucita victoriosa y gallarda la soberbia fiesta...

Luis Salado.

LOS TEATROS

PEPITA TUDÓ

Sin acudir á obras extranjeras, y basándose sólo en episodios de la historia patria, ha escrito D. Ceferino Palencia la obra que viene representándose en el teatro de la Princesa.



La Tudó.

Perfectamente planeada, acreditando en su autor dotes muy estimables para esta índole de trabajos, está la nueva comedia, y si en ella el interés se mantuviese, si aquel magistral prólogo, que por sí solo es una obra maestra, tuviese digno *pendant* en los actos sucesivos, *Pepita Tudó* hubiese sido uno de los mayores éxitos de la temporada.



Godoy.

Los caracteres están perfectamente definidos, el diálogo es correctísimo y ni un detalle, ni una frase, deja de amoldarse á aquéllos; algunas escenas son bellísimas, y, en conjunto, salvo *lunarcillos* como el indicado, y otros de poco relieve, la comedia



Sra. Tubau, Sr. Palanca y niño La Rosa.

es de las que merecen figurar en el cartel de todos los teatros de España.

La propiedad escénica ha sido cuidada con el tacto y la inteligencia que es costumbre en aquella casa. El decorado lindísimo, sobre todo, el de los actos cuarto y quinto, que es de admirable perspectiva. El vestuario suntuoso, así como el *atrezzo*.

María Tubau, la inteligente actriz en quien todos los personajes adquieren vida especial, haciéndoles más interesantes, más humanos que el autor pudo soñar, interpreta la protagonista de la comedia, y los momentos pasionales, la lucha entre el amor de esposa y el de madre, se hace en ella rudísima, casi heroica.

Palanca da mucho realce al papel de *Godoy*, mereciendo aplausos que el público no le escatima.

Los restantes artistas amoldados á sus respectivos papeles.



Ceferino Palencia.

Remy.

Todo es tocar.

—No tengas miedo, Juanilla;
sube conmigo á la torre
y allí haremos que repiquen
juntos nuestros corazones.
Sube, Juanilla, conmigo;
sube, y en mi brazo apóyate
para que así no te enteres
de que hay muchos escalones.
Y cuando estemos arriba,
sin que nadie nos estorbe,
dilatando la mirada
por el valle y por el monte,
oyendo el rumor del río
que por entre breñas corre,
viendo á nuestros pies las casas
con sus tejadillos pobres
esparecidas por el llano
como banda de gorriones,
sintiendo sobre nosotros
revolotear veloces
las palomas que allí aenden
á cantarse sus amores
y cuyo plumaje brilla
con fulgidos tornasoles,
verás cómo de tu pecho
se dilatan los pulmones
y tu mirada amorosa
se pierde en el horizonte...
Sube, Juana, y no le niegues

al campanero de Artole
la prueba de que algún día
conseguiré tus favores,
cuando el cura en el altar
nos eche las bendiciones.
Sube, Juanilla, conmigo,
que allá en lo alto de la torre
has de ver cómo repican
juntos nuestros corazones...

**

Por fin, Juanilla, una tarde
á sus ruegos ablandóse
y fiada del campanero
subió con él á la torre.
Yo no sé si el panorama
á los dos impresionóles,
ni sé lo que se decían
bajo la campana enorme
en cuyo cóncavo seno
los juramentos de amores
repercutian solemnes
al herir el viejo bronce.
Lo que sé es que el padre cura
y los vecinos de Artole,
cuando ya se disponían
á rezar las oraciones
oyeron tocar *já gloria!*...
á las ocho de la noche.

Félix Limendoux.

ARTE Y ARTISTAS

HERNÁNDEZ AMORES

Uno de los artistas de más saliente personalidad que hemos tenido, ha sido D. Germán Hernández; la corrección de su dibujo, corrección a que ya no estamos acostumbrados, y lo delicado de sus composiciones, le colocaron en un lugar tan preferente como merecido.



Son muchas las obras producidas por Hernández, y en todas ellas nos demuestra el verdadero culto que profesaba a lo clásico.

Las recompensas que obtuvo fueron en gran número; recordamos la medalla de 2.^a clase, por el hermoso lienzo *Sócrates reprendiendo a Alcibiades por haberle encontrado en casa de una cortesana*; este cuadro figura, en unión de un desnudo de mujer, admirablemente pintado, y de una pompa pompeyana, decorando un jarrón, en el Museo de Arte Moderno.

En 1860, le concedieron otra 2.^a medalla por un retrato.

En 62, se le concedió 1.^a medalla por *El viaje de la Virgen y San Juan a Efeso*, una de las más, ó quizá, la más hermosa de sus obras.

En 1866, presentó el *Entierro de Cristo*, obteniendo otra 1.^a medalla, así como por *Susana*, que expuso el 67.

En la Iglesia de San Francisco el Grande, otro Museo que tenemos de Arte Moderno, figura en el frente de una de las capillas *Cristo crucificado*, del que también es autor el notable artista que hoy nos ocupa.

Su carácter fué sumamente bondadoso; ocupó una plaza de catedrático en la Escuela de Artes y Oficios, siendo un verdadero maestro que se tomaba interés, cosa que, por regla general, tampoco ocurre hoy en dicha Escuela, en donde, si es cierto que hay honrosas excepciones, no es menos cierto también que la generalidad, como antes decimos, se ocupan solamente en cobrar, pues se da el caso de pasarse días sin corregir a los muchachos.

Tal era el artista de que hoy nos hemos ocupado, y que si se le ha olvidado algo, no es ciertamente por falta de méritos, sino porque hoy la mancha sugestiva y no se tiene presente que, si no es esta la manera que han tenido de hacer los que nos han precedido, no por eso son menos estimables sus obras, y merecen, como las primeras, ocupar un lugar distinguido en el Arte patrio.

José Pueyo.



El amor castigado, por Hernández Amores.

Figuras de la Historia.

MILTON

Esta gran figura de la literatura inglesa, nació en 1608, y desde sus primeros años hizo visibles sus aficiones literarias, que le hubieran hecho brillar más pronto si su carácter fogoso no le arrastrara á las luchas políticas, haciéndole luego escribir su obra *La Aereoagética*, en la que se defiende con valentía la libertad de la prensa, que por aquel entonces intentaba Cronwell restringir para

dar más cumplida satisfacción á sus ambiciosos planes. Sin embargo, su labor no fué estéril, pues poco después era nombrado secretario del general inglés desempeñando este cargo hasta la muerte de su protector.

Entonces, Milton huyó de los sobresaltos de la política, y olvidado de todos, entregóse á una vida casi miserable, invirtiendo sus vigilias en concebir una obra que dictaba á su esposa y que había de valerle luego universal renombre.

Ajeno estaba de ello el poeta, cuando vendió su *Paraiso perdido* por la suma de treinta libras esterlinas. Justo es decir que hasta veinte años después la obra pasó desapercibida. Preciso fué que alguien hiciese notar que aquélla era una de las más hermosas concepciones del genio humano, para que se consignase el nombre de Milton en la galería de hombres célebres del siglo XVII.

El Paraiso perdido es el orgullo de la raza sajona, y ha causado la admiración de los más inteligentes críticos extranjeros, quienes, si bien encuentran en dicha producción gran número

de conceptos técnicos, insípidas digresiones y alguna vez la descripción se hace pesada, en cambio hay en el conjunto bellezas de primer orden, admirables detalles al trazar los caracteres, períodos muy brillantes y llenos de dulce expresión...

La mejor prueba del mérito de la obra predilecta de Milton, son las numerosas ediciones que en todos los idiomas se han hecho, acrecentándose así la fama del genial poeta inglés.

Además de las citadas, ha dejado á la posteridad: *El Iconoclasta*, *El Paraiso reconquistado*, un *Diccionario latino* y otras muchas obras, ninguna de las cuales ha obtenido el universal renombre que el citado poema logró.

La figura de Milton destácase en brillante relieve entre las de hombres célebres de su siglo.





Una joya del Sur.